

“SIEMPRE NOS MANTUVIMOS EN UN DELICADO EQUILIBRIO ENTRE LA TECNOLOGÍA Y LA EXPERIENCIA”

Aldo Motta

Los orígenes

Los comienzos de esta historia se remontan a 1925, cuando Constante Motta, un inmigrante italiano de origen lombardo, fundó la empresa Motta en la ciudad de Rosario.

Fue la primera planta de enlozado del interior del país. Hacía cartelería comercial, nomencladores de calles y óvalos identificadores de direcciones de casas particulares.



El fundador de la empresa, Constante Motta, con el primer empleado, Orlando López. Junio de 1925.



Darío Motta y Carla Módena de Motta en el patio de cargas de la fábrica en los festejos por los 40 años de la firma.

Empezó solo, a pulmón. Él mismo enlozaba en su casa. Armó la empresa con cultura de esfuerzo y austeridad. En la planta alta, vivía él con su esposa. En la planta baja tenía la oficina. Al fondo, estaba el taller.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial, Constante convocó a mi padre, su sobrino, Darío Motta, recientemente casado en Italia con Carla Modena. Desembarcaron en el país el 4 de diciembre de 1947.

Hacer industria en Argentina

Mi padre fue asociado a la empresa, que por entonces se encontraba en un predio de la calle Crespo 181/183. En la planta baja, funcionaba la oficina. Detrás de ella, la zona de dibujo y corte de moldes. Eran unos 400 m2 de galpón, con un moderno horno a fuel oil, el único del interior del país en esos tiempos.

La empresa fue atravesando las distintas circunstancias de la economía nacional y los cambios de mercado.

En los '50, pasó de la cartelería enlozada a enlozar interiores de heladeras, cocinas y estufas. Era la época de auge de la industria nacional y se abrían oportunidades para incursionar en nuevos mercados.

En aquella época, el taller tenía unos doce operarios. La mitad del personal era femenino porque las mujeres tenían más sensibilidad para las terminaciones.

En 1960, Constante y su señora dejaron a mi padre Darío al frente de la firma.

Con los años, al retirarse Constante sin dejar descendencia, mi padre quedó al frente de la firma.

En 1961, la fábrica se mudó desde la calle Crespo 181 a un predio mayor.

Una nueva generación

Nací el 2 de diciembre de 1948, en Rosario. En el '53, llegó mi hermano Roberto.

Mi infancia estuvo siempre marcada por la fábrica. Al punto que, en mis primeros años, vivía con mis padre en la oficina de dibujo y corte de moldes, transformada en habitación.

Cuando estaba terminando la primaria, le dije a mi padre que quería estudiar en la escuela de aeronáutica de Córdoba para ser piloto.

Él me llevó a la fábrica: “¿*Qué hacemos con todo esto?*”, me preguntó. Es que yo era el primogénito, el sucesor natural de la empresa.

Yo quería volar, mi padre me enseñó a volar de otra manera. A los quince años, mientras cursaba la secundaria, comencé a trabajar en la empresa. A los dieciséis, ya tenía poder de decisión sobre temas técnicos.

Alternando estudios con trabajo, ayudé al traslado de la empresa al nuevo predio, que sus dueños originales no habían logrado poner en funcionamiento. Mi padre y Constante dieron el gran paso. En 1962, compraron la fábrica.

Era un predio de 5200 m², de los cuales 1800 eran cubiertos. En el '64, pusieron en funcionamiento el segundo horno. Con un plantel de unas 30 personas, enlozaban interiores de heladeras familiares y cocinas para distintas marcas con mayor volumen de producción.

Tras el servicio militar, empecé la carrera de ingeniería. Rendir materias de tercer año; mas opte por dejar la carrera para dedicarme a la fábrica a tiempo completo.

La transición

Mi padre murió en 1982 en un accidente. Yo me hice cargo de la empresa. Tuvimos que transformarnos, para adaptarnos a la evolución del mercado. De enlozadora para terceros, nos orientamos hacia la producción de gabinetes de chapa enlozada para lavarropas familiares.

En el '91, teníamos las máquinas tecnológicamente más avanzadas. Con la incorporación de un horno continuo con tubos radiantes a gas y los servicios periféricos automatizados, logramos un excelente aprovechamiento de la capacidad operacional de la fábrica. Por varios años, mantuvimos el liderazgo nacional en el mercado de gabinetes enlozados para lavarropas. Llegamos a producir 450 gabinetes diarios y exportábamos a países limítrofes.

La crisis económica de 1999 a 2001 nos afectó seriamente. Habíamos tomado créditos bancarios para comprar equipos. El 31 de diciembre del año 2000 tuvimos que presentarnos en convocatoria. Teníamos un plantel compuesto por unas cincuenta personas. Mantuvimos todos los puestos de trabajo.

Motta S.A., hoy

Después de la devaluación 2002, las perspectivas para la industria nacional mejoraron y la empresa se reactivó.

A pesar de nuestra situación, logramos comprar la matricería en desuso de una fábrica quebrada de cocinas familiares a gas. En enero de 2002, lanzamos la primera producción seriada de cocinas familiares.

Nuestra capacidad metalúrgica más la ventaja competitiva de la planta de enlozado propia nos permitió posicionarnos en la franja de consumidores de bajo a medio poder de compra.

En 2005, ya habíamos saldado toda la deuda con nuestros proveedores. Pudimos salir adelante después de la convocatoria porque los proveedores confiaban en nosotros. Nos comprometimos a saldar la deuda. Y cumplimos con nuestra palabra.

Hoy somos una empresa respetada en la fabricación de cocinas familiares enlozadas. En 2014, iniciamos la producción de cocinas y hornos para gastronomía. Trabajamos en nuestra planta de la calle Garzón al 3000, en un predio de 5200 m², de los cuales 4200 m² son cubiertos.



Nuestra planta de enlozado.

El secreto de nuestra actividad es la gente. Buscamos operarios experimentados que tengan un compromiso de largo plazo con la empresa. Yo mismo jubilé a muchos que me vieron nacer.

Siempre nos mantuvimos en un delicado equilibrio entre la tecnología y la experiencia. Incorporamos maquinaria de última generación. Pero hay cosas que la tecnología no reemplaza y que sólo la puede brindar la gente con experiencia. El obrero de oficio tiene un conocimiento que no se aprende en ninguna universidad.

Es triste ver que se están perdiendo los oficios. Los conocimientos no se transmitieron de padres a hijos. Entre estos cambios generacionales, también se fue deteriorando la cultura del trabajo.



Aldo (centro), Mariano (izquierda) y Fernando (derecha), tercera y cuarta generación, en la feria FIAR 2015.

El legado

Estoy casado con Ana María Torres, excelente compañera, amiga y puntal de mi vida. Tenemos tres hijos.

Fernando, nacido en 1975, es el presidente de la empresa. Le faltan tres materias para recibirse de ingeniero industrial. Él tiene dos hijos: Agustín y Vicky.

Mariano, nacido en 1978, es antropólogo y vicepresidente de la empresa. Su primera hija, Guillermina.

Luciana, que nació en 1981, estudió biología y se especializó en mamíferos marinos. Ella no trabaja con nosotros. En este momento despliega su actividad laboral en Europa.

Me estoy retirando paulatinamente de la conducción activa de la empresa. Desde 1982, cuando me hice cargo de la fábrica hasta 2011, yo fui el factotum. Actualmente, estoy delegando mucho en los continuadores, para dedicar mi tiempo a coleccionar orquídeas nativas argentinas. Tengo la mayor colección de Rosario.

Mis hijos son de otra generación. Tienen otros criterios y conocimientos. Piensan de manera distinta e imprimen un ritmo diferente a la empresa. Están formados de acuerdo a los tiempos actuales, para bien de la compañía.

Yo sigo trabajando, aunque a otro ritmo. Me quedo el tiempo necesario, por el apego que tengo por la empresa. Defiendo los valores de mi generación, como el trabajo, la familia y el matrimonio.

De mi viejo, aprendí los conceptos de honor, disciplina y orden. Son las tres patas de la mesa. Si alguna falla, la mesa se cae. Estos valores son la base de todo. En la empresa y en la vida.